

Una novela de Galdós

A Eduardo Torrella.

La más excelsa de las facultades del artista es la que, haciéndole solo partícipe entre los hombres, de un sublime atributo de la Divinidad, le convierte en generador de seres vivos,—sobre los que no tiene poder la codiciosa mano de la Naturaleza y que no han de ser guiados por otra ley que la que en el instante de la concepción les fija e impone el creador impulso de su albedrío. Arrebatarse el fuego sagrado que enciende la llamarada de la Vida será siempre la insaciable aspiración,—la martirizadora inquietud del Arte grande,—titán rebelde para quien la Naturaleza, dueña de la Vida, desempeña el papel del tirano Júpiter del mito.—Si se concede que las almas de artista componen, dentro de la humanidad, una aristocracia,—un patriado de las almas,—la aristocracia mejor, la superioridad gerárquica entre esas almas, fuerza es reconocerla á las que crean, á aquellas á quienes ha sido concedido el don genial de la invención.—Hay las que alcanzan á crear un héroe inmortal, ó una acción impecable, dotados todos ellos de eterna vida.—y hay, por encima de esas, las que vivifican series enteras de ficciones,—«multitudes de almas»,—las que realizan con su inmensa obra «un mundo dentro del mundo»,—aquellas que percerican inspiradas por una sublime envidia de la Naturaleza y su infinita capacidad creadora.—Comunicar una individualidad y un ser inextinguible á un alma distinta de la nuestra, en la que no reproducamos, al idealista, ni nuestro carácter ni nuestras pasiones, y cuya vida ficticia haya de ser tan palpitante y tan intensa como la de las criaturas de la realidad,—y aun volcar el alma propia en la envoltura de un héroe imaginado que la perpetúe y la levante sobre la miserable fragilidad de nuestra ercilla, como se perpetúa el alma satánica de Byron en sus Corsarios y sus Laras,—es ya ser un creador.—Pero llamarse Shakespeare, Molière, Walter Scott, Dickens, Balzac, y dar ser y movimiento, con soberano empuje, á una multitud entera,—en la que, como en maravilloso comprendio ó *substratum* del conjunto humano, aparezcan con todas las palpitaciones de la vida, las faces luminosas de la existencia y sus sombras, la virtud y el vicio, el odio y el amor, las pasiones buenas y las malas, es para mí tan alto y portentoso triunfo que el orgullo humano no puede aspirar á una más completa y fascinadora realidad de la tentación del Paraíso: *Serís como dioses*, porque en nuestra condición no cabe mejor ni más cumplida manera de crear.

Dos clasificadores laboriosos, — Mrs. Cristophe y Cerberus—penetraron, no ha mucho tiempo, en el seno de la obra inmensa del creador, del *Padre Coriolis* y la *Fisiología del matrimonio*, y presentaron luego á los dos mil personajes que tejen la trama de aquella inmortal epopeya de la realidad, cuidadosamente ordenados, estudiados y descritos, como en los diccionarios biográ-

ficos de hombres célebres, en un voluminoso *Repertorio de La Comedia humana*.—Algo semejante se hará en el futuro ordenando la multitud varia y enorme de los *Requon Rougemont*; algo semejante se ha hecho ya acaso con Dickens y andoga tarea de clasificación y de estudio realizará algún día la erudición española con ese otro mundo formidable é inmenso de Galdós, que abarca, desde la pintoresca muchedumbre de los *Episodios*, hasta el revuelto mar de la vida contemporánea, palpitante en la cavidad de cien novelas....

Mundo verdaderamente inmenso y formidable Respecto de Galdós, y limitando esta observación á los contemporáneos nuestros, yo sólo me atrevería á señalar en Zola y en Tolstói (invertido, si os place, el orden en que he escrito esos dos nombres, y acaso haréis justicia) ejemplos de una superioridad de fuerza creadora.—Y, avanzando más, yo me comprometería á encontrar en la novela contemporánea, nombre que, fuera de esos dos, merezca estar más alto.—Es cierto que esta superioridad puede ser triunfalmente contestada, por ejemplo, por los adoradores de Daudet (dólo mío, aunque no para las ocasiones de las plegarias grandes) en la espiritualidad, en la urbanidad literaria, en la fineza, en el hábil arte de contar,—en todas esas condiciones que, dentro de la novela española, podríamos llamar *alorionianas*, considerando de nuevo un calificativo que ya tiene su significación distinta y peculiar en la tradición del viejo teatro; pero para mí es indudable que el arte de Galdós respira en un ambiente mucho más amplio y más abierto que el del autor de *Niña Rougemont*; en un ambiente donde se escucha más cercano aquel soplo de augusta y bienhechora libertad que azota las ásperas cumbres de Cervantes y Shakespeare.—Es cierto que en su filosofía de moralista y de sociólogo echará acaso de menos el lector devoto de Tolstói, la originalidad profunda, la innovadora audacia, el sello personal, la profética intuición de lo distante;—pero hay en ella un hermoso sentimiento de amor, un grande instinto de justicia, y hay un criterio constantemente límpido,—un criterio equánime y sereno,—en el que el *buen sentido* deja de ser vulgar y se convierte en fuente de sana y apacible hermosura.—Es cierto que sería vano buscar, en los procedimientos de su estilo, la cultura preciosa, el estudio hondo y sutil de los secretos musicales de la expresión, de la plasticidad virtual de la palabra, ó aquel trabajo de perfección y exactitud que conduce, por ejemplo, á la prosa tersa y transparente de *Mme. Bovary* ó de *Peppia Fontana*; pero sería difícil hallar, entre los contemporáneos, quien tuviese más identificado con la esencia de su naturaleza literaria, ese grande arte de la «naturalidad exterior», no concedido á muchos de los más jurados naturalistas; el arte de la grande, humana y conmovedora sencillez, que habla á todos embelleciendo el lenguaje de todos, y que llega á inspirar, aun á los refinados y los exquisitos, el envidioso sentimiento de Diógenes, al arrojar de sí la copa hermosamente trabajada, viendo al pastor beber el agua en el hueco de su mano.

Y en la grandeza cuantitativa, y en el in-

menso efecto de conjunto, de la obra de Galdós, sólo el maestro de Medán puede reclamarle el primado entre los contemporáneos.—La inagotable imaginación del gran novelista incorpora con incansante actividad á la multitud, ya inmensa y gloriosa, de sus criaturas, personajes nuevos que la acrecientan y enriquecen.—La fecundidad, que es la más relativa de las cualidades literarias, equivale á la posesión de un don altísimo cuando escribir significa crear.—Mediana condición en el viejo Dumas, es maravilla en Balzac y en Dickens.—La fecundidad de Galdós es de la alta calidad de las de estos últimos; es de las asombrosas y las grandes, porque es de las que responden á esa irresistible necesidad de producción que se manifiesta con el poderoso impulso de un organismo que desempeña la ley de su naturaleza.

Plantea uno de los personajes de *L'Inmortal* de Daudet esta cuestión interesante:—«Si acaso Robinson hubiera sido artista, poeta, escritor,—hubiera creado en la soledad, hubiera producido?—Y al doblar de la página, otro de los personajes de la novela,—el artista Vedrine,—resuelve la cuestión contestando á quien le pregunta porqué trabaja si no ama el aplauso ni la gloria.—«Pues por mí, dice el noble escultor, por mi gusto personal, por la necesidad de crear, de espontanearme».—He ahí la brava respuesta de un artista de raza.—Imaginad al autor de los *Episodios* en la isla desierta, y su vena asombrosa podría agotarse por la imposibilidad de la observación social, sugestión eterna de su arte,—pero no sería por falta de estímulos creadores.—Alarcón personificó en el caso triate de su vida, y personificó Tamayo en las contemporáneas letras de España, ese raro dominio de la voluntad sobre la energía instintiva de la vocación, que es necesario para que se resigne ó se condene á la inactividad y al silencio el artista que todavía sería capaz de producir.—Perdamos el temor de que Galdós, aun cuando un día la decepción llegue á su espíritu, encuentre en su voluntad la misma fuerza.—Ah, no! El grande y querido maestro no se llevará consigo á la tumba,—como se jactaba de hacerlo en su retraimiento soberbio y melancólico el autor de *El sombrero de tres picos*,—personajes imaginados que no se hayan hecho carne en el papel.—Galdós necesitará siempre de nosotros, los lectores, para las confidencias de su fantasía.

Aun duraba en nosotros la vibración de la lectura de *Nazarín* y de *Itala*. Y he aquí que un grupo nuevo y pintoresco, lleno de vida, de color y de luz, cruza ahora ante los ojos de la crítica, en marcha desde la imaginación del gran creador á refundirse en el conjunto de su muchedumbre imaginada. Observémosle.

Señala un crítico sagaz, á propósito también de *Misericordia*, y entre las similitudes que enazan el genio del profundo observador de *Giovanna* y *Doña Perfecta* con el de *Le Cousin Pons* y *La Pele de Zapa*.—«El interés concedido por ambos grandes artistas de la realidad al problema de las dificultades materiales de la vida, como anchuroso campo

de observación y rica materia *novelable*, siempre fecunda en dramática virtualidad.—Muchas son, efectivamente, las novelas de Galdós que giran al redor del problema económico en la vida burguesa.—*Misericordia* puede incorporarse á las más originales y más hermosas novelas de este grupo; pero, además, están comprendidos en el campo de observación en que se desarrolla, ciertas extremas regiones de la inferioridad social,—ciertos círculos del infierno de la humillación y el abandono,—á que había descendido pocas veces el espíritu del autor de *La Desheredada*.

Considerado con el criterio realista, es el poema prosaico de la escasez y la miseria; de la miseria, en sus manifestaciones moral y materialmente más despiadadas y más duras; desde la osada y franca que se personifica en *Almudena*, en *Pulido*, en la *ña Burlada*,—en la turba familiar (que acecha, á la puerta de los templos, el paso de la caridad),—hasta la tímida y vergonzante que se oculta en el desolado retiro de doña Francisca Juárez de Zapata,—la empobrecida señora que vive inconcientemente de la caridad que implora para ella á los feligreses de San Sebastián una criada compasiva,—ó se parapeta tras la elegancia marchita y la mal simulada distinción de don Francisco Ponte, curiosísimo ejemplar de *lyon* caduco, tragi-cómico traicionado de la fortuna, galán vedado á menos, que disfraza los rigores de su decadencia lastimosamente salvando con esfuerzo heroico las apariencias de su dignidad pasada y recordando melancólicamente sus aventuras de mundano y sus buenos éxitos de declamador en las románticas tertulias de los tiempos de *Flor de un día*.

Pero además de llevar en sus entrañas la prosa verdadera de la pobreza miserable, lleva también la nueva novela de Galdós la balsámica poesía de la misericordia.—Encarna esta poesía en la figura, á veces vulgar, á veces sublime, de una anciana humilde y piadosa, que con la abnegación del oscuro y anónimo soldado para quien no se cosechan, después de la lucha, los laureles, es heroína y mártir en la batalla de la vida.—Yo no vacilo en poner esta grande alma imaginada, en el número de las más preciosas creaciones de quien ha dado al arte tantas otras que no morirán.—Si la *Niña* de Galdós es una figura que yo incorporaría, sin vacilaciones, á las más originales, á las más nuevas, á las más llenas de interés y más radiantes de hermosura, que sea dado encontrar en el *santalor* realista;.... porque también tiene el realismo su santoral: el de los héroes moralmente hermosos que han sido amasados con el barro de la verdad y la vulgaridad humanas. Como en la Felicidad de Flaubert, la vulgaridad tiene en ella el artístico precio que da valor á la tosquedad del material en que ha de trabajarse, cuando esa tosquedad es necesaria ó conveniente al efecto que se procura.—La ignorancia de la propia sublime abnegación,—la naturalidad en la práctica del sacrificio, como en la de cualquier activista y usado de la vida,—la conformidad, de martir ó de inconciente, para admitir la ingratitud y resignarse á la injusticia de la pena,—son otros

tantos elementos que, empujando intelectualmente la figura de Niña, la realzan, por lo mismo, y la engrandecen moralmente, hasta tocar en los límites de la sublimidad.

Nunca de manera más oportuna que á propósito de esta figura de Galdós podría señalarse—como Menéndez Pelayo en la *Pae Apolinar* que imaginó el gran novelador de la Montaña, — «aquel sello de primitiva grandeza que realiza á la fuerza del bien cuando se desenvuelve sin conciencia de sí propia». —Y la absoluta y constante sencillez, la nunca interrumpida llaneza del cauce prosaico en que esta mansa onda de belleza moral se desenvuelve, hacen que ella penetre y se insinúe de tan suave y tan callada manera en el ánimo del lector, que no es sino después de haber avanzado un tanto la acción de la novela, cuando él nota que ha debido adorar, desde las primeras páginas, la adorable santidad del alma de Niña.—«Arte grande y hermoso,—aun para los que nos encontraríamos, haciendo examen de conciencia, un poco amigos de lo refinado y de lo extraño,—el que consiste en obtener y realizar, sin salirse de los medios sencillos que ofrecen los aspectos comunes de las cosas, las grandes energías dramáticas y los grandes efectos!»—No ha definido Galdós uno de los caracteres y uno de los secretos peculiares de su talento poderoso, cuando habla, á propósito de la singular fachada del tiempo aquel en que comienza la acción de su novela, — de la necesidad de encontrar y percibir el encanto y la simpatía que fluyen, á modo de tenue fragancia, de las cosas vulgares ó de algunas de las infinitas cosas que hay en el mundo?

Después de Niña, la figura dominante del cuadro es, sin duda, la del moro ciego y mendicante, para quien ella, en medio de las angustias con que atendió al socorro de su propia ama desvalida, encuentra todavía tesoros de amor, tesoros de caridad, en su infinita espontaneidad piadosa.—Bien trazado está este personaje, aparentemente fácil de presentar y virtualmente rico en fuerza y en interés, pero, en realidad, difícil y de delicado empeño, si se atiende á la obra magistral que ha sido necesaria para conciliar, en su sencillez carácter, con la exactitud del estudio la belleza moral y la simpatía, y en su propio informe lenguaje la naturalidad y la verdad con el efecto artístico que no falta nunca en la pintoresca incorrección de sus palabras.—El nuevo libro llega así á valer tanto, en las páginas que Niña y Almudena ocupan, como la obra de su grande estirpe novelesca á que más firmemente se parece: tanto como *Nazarín*.—Y la pasión del ciego por la anciana misericordiosa,—de la que sólo puede adorar el alma abnegada, á la que acaso imagina dueña de una envoltura digna de ella por la juventud y la hermosura,—hace pensar en la idea de que fluye la profunda belleza del alma de *Nazarín*.—Como Pablo Ponce, el moro de *Misericordia* cree instintivamente en la armonía necesaria de la belleza del alma y la del cuerpo. Y, ciego para la realidad corpórea, la sombra eterna de sus ojos se convierte para él, como para el enamorado de

nela, en la dicha de poder amar plena-
 , con el alma,—con los ojos, únicos
 sensibles, del espíritu,—lo que sólo
 el espíritu es amable.

sin duda, esos dos magistrales caracte-
 lo más hermoso, lo más profunda-
 interesante, lo de mayor empeño en
 ; pero además, en los accidentes, en
 descripciones, en los episodios, en el des-
 de la acción,—lo diremos antes de
 r el mérito y la verdad que hay en al-
 de las figuras secundarias—¿cuánto
 ue notar y que aplaudir, cuanto hay
 resistiblemente detiene el paso y la aten-
 de la crítica!—Amirable es, en las pri-
 páginas, la descripción de la estampa
 turesca de la iglesia de San Sebastián,
 pedestre como un pliego de aleluyas,
 no los romances de ciegos; risible pre-
 dad arqueológica, ante la que el Galdós
 recibió en herencia del «Curioso Par-
 la pasión local y la mansa escudriña-
 del viejo Madrid, encuentra, para abor-
 la conservación de aquella vieja
 ta, la razón ingeniosa de que «la cari-
 monumental también es un arte».—
 giosos, como imitación artística del
 aje zafio y plebeyo, son algunos de
 parlamentos» de las mendigas, y están
 mente trazadas sus figuras.—Hay
 e habilidad en el relato del pavoroso
 uso de la empobrecida ama de Nina
 ne un brillante colorido, legendario y
 tico, la relación de las visiones y las
 onias supersticiosas del moro. Y admi-
 de estudio y de observación, y lle-
 e gracia, entre melancólica y burlesca,
 las páginas en que Ponté alienta los
 gicos anhelos de opulencia de Obdu-
 ambos disfrazan, en sus coloquios, la
 ble realidad, gracias á los sueños do-
 tejidos con las reminiscencias de los
 os buenos y las vanas esperanzas de
 uto imposible... *Naturalidad* dichosa
 la realidad de esta manera reflejada,
 la observación que de tal manera pe-
 en las entrañas de la realidad y para
 poderoso que con semejante energía
 resenta ¡quién se atreverá á decir que
 pasado la oportunidad, ó que haya de
 alguna vez; ni quién dejará de sen-
 cuando así se entienden las cosas—
 namorado de lo real y verdadero con
 los tiempos en que equivalga, pro-
 ar en literatura, esas palabras, á rei-
 car un derecho y desafiar para una lu-
 —Porque es realista de la realidad in-
 al y porque nunca vinculó su arte con
 e en el naturalismo de escuela hubo
 clusivo, de falso y transitorio, é hizo
 e naturalismo una de las más inexplic-
 —iba á decir una de las más odiosas
 absurdas—entre las intolerancias hu-
 s,—nada tien que temer el arte de
 s de las *oportunidades nuevas*, de las
 ones justicieras é inevitables del cri-
 el sentimiento y el gusto; y puede
 conciliar perfectamente con la conse-
 ra á su firme *tradición* de realismo, el
 r «nuevo» que penetra todas sus ú-
 creaciones y les comunica una alta
 ficación ideal.

eo haber aludido, en alguna parte de
 crítica, a la profunda verdad de obser-

vación y al arte primoroso que hay en al-
 gunas de las figuras secundarias que en la
 nueva obra intervienen.—La de Doña Fran-
 cisca Juárez y la del á un tiempo lastimero
 y graciosísimo Ponte, no pueden quedar sin
 un encarecimiento excepcional por mucha
 que sea la superficialidad y rapidez del aná-
 lisis que se haga del conjunto. Ambas riva-
 lizan en vida y en relieve, y están armóni-
 camente enlazadas en el cuadro por la iden-
 tidad de los motivos que prestan interés
 á su situación y por el fondo común sobre
 el que sus caracteres se destacan, sombreado
 por los reverses de la suerte y la infidelidad
 de la fortuna tornadiza.—Para pintar estas
 facces prosaicas y desconsoladoras de la vi-
 da burguesa: las que proceden de los efec-
 tos morales de la escasez en las almas for-
 madas en el hábito de la abundancia, ó tor-
 turadas, por la tentación, con la ansiedad
 febril de poseerla, fué siempre maestro el
 pincel del gran observador á quien debemos
 los dos magistrales estudios de *Lo Prohibi-
 do* y *La de Bringas*.—En tal sentido, la fi-
 gura de Obdulia tiene también rasgos felices.—Y magistralmente dibujado está asi-
 mismo el carácter de Juliana, cuya mediocri-
 dad *burguesa* de virtud presta á la abnega-
 ción de Nina el realce de su contraste con
 las poco simpáticas limitaciones del «pru-
 dente equilibrio» y del «término medio», y
 cuya entrevista—tan admirable y concisa-
 mente narrada—con la criada misericordio-
 sa, en la escena final, es de una hermosa sig-
 nificación y de un profundo sentido.—Aun
 en las figuras más subordinadas del cuadro,
 —v. gr. la de los mendigos que aparecen en
 las páginas primeras, sobre el fondo de
 aquella tan donosa descripción de la Iglesia
 de San Sebastián,—rara vez deja de poner
 la mano del maestro el trazo primoroso que
 la acusa.

Pero el gran interés y la gran belleza, —
 el perfume de íntimo encanto que se des-
 prende de la nueva novela de Galdós, y la
 significación peculiar que la hará destacar-
 se en el grupo que revela y mantiene, á
 partir de *Realidad* y de *La Incógnita*, una
 tendencia nueva en el constante rejuvene-
 cer de su talento, está en esa admirable
 creación de Nina,—ejemplo, que será inmor-
 tal, de cosas grandes obtenidas en el arte
 por medio de cosas vulgares y pequeñas,—
 ejemplo de *lo sublime en lo vulgar*, que, á la
 manera de la vieja criada candorosa de *Un
 cœur simple*, parece iluminado por una son-
 risa *evangélica*, piadosa, del Arte grande y
 humano, al inclinarse, desde la cumbre, pa-
 ra reflejar un rayo de su luz sobre los po-
 bres, sobre los débiles y los humildes, —
 sobre aquellos cuya virtud es opaca y cuyo
 bien realizado no aparece, — sobre los des-
 amparados y los ignorados del mundo!

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

